

CAPÍTULO III

En que por fin recobra el rey el apetito

Como es de suponer, las terribles escenas que acabamos de describir habían aterrorizado á los pasajeros de la gran cámara. Los movimientos extraordinarios del buque, los silbos de la tempestad, las maniobras precipitadas, las voces de mando de Nelsón, las respuestas de Henry, todo lo habían escuchado los ilustres fugitivos. Pero cuando el *Van-Guard*, al salir de los arrecifes, se inclinó bajo el furioso golpe de viento, el rey, la reina y hasta la misma Emma Lyonna creyeron que había llegado su último instante. La inclinación del navío fué tan espantosa, que las balas de los cañones colocadas en los intervalos de las piezas salieron de las cajas y rodaron por el entrepuente con formidable ruido: aquella inesperada tormenta en el interior del buque aumentó el terror de los pasajeros.

En cuanto al príncipe Alberto, ya hemos visto lo que había sufrido en la travesía. El mareo había llegado en él á su paroxismo, y á cada movimiento del buque le acometían horribles convulsiones, tanto más dolorosas, cuanto que llevaba dos días de continuos vómitos sin tomar ningún alimento. Tan grande fué el terror del pobre niño y tan fuerte la sacudida que experimentó al inclinarse el *Van-Guard*, que se le rompió un vaso arterial. Entonces arrojó por la boca un torrente de sangre, y después de una corta agonía exhaló el último suspiro en los brazos de Emma.

El pobre niño estaba tan débil y el tránsito de la vida á la muerte fué tan fácil, que Emma, aunque asustada por el vómito de sangre y por los movimientos convulsivos que le siguieron, creyó que la inmovilidad en que luego cayó el príncipe era el reposo que sucede á las grandes crisis; pero cuando al cabo de algunos instantes echó de ver la verdadera causa de aquella inmovilidad, sea que conociese la filosofía de la reina, sea que no pudiese dominar el espanto que le produjo el cadáver del niño, lo cierto es que gritó sin miramientos de ninguna especie:

— ¡ Gran Dios, señora, el príncipe ha muerto !

El grito de Emma produjo en Carolina y

en Fernando un efecto diametralmente opuesto.

La reina respondió:

— ¡ Pobre niño! ¿ á qué llorarte cuando tan pronto vamos á seguirte á la tumba?... Pero si llego á recobrar mi corona ¡ ay de los que han sido causa de tu muerte!

Una siniestra sonrisa terminó esta amenaza.

Luego, tendiendo los brazos hacia Emma:

— ¡ Dame el niño! le dijo.

Emma obedeció, creyendo que no debía negársele á una madre, por desnaturalizada que fuese, el cadáver de un hijo.

Respecto á Fernando, la inminencia del peligro le había curado completamente del mareo que hasta entonces padeciera. No atreviéndose á subir al alcázar, después del deseo manifestado por Nelsón de que permaneciese en la cámara á fin de que su real presencia no embarazase la maniobra, había sufrido todas las angustias del peligro, angustias tanto mayores cuanto que, no pudiendo apreciarle, su medrosa imaginación le daba proporciones gigantescas. Así es que en el momento en que las balas salieron de sus cajas por la inclinación del buque é invadieron la batería alta con un ruido semejante al del trueno, poco le faltó para volverse loco de terror, según había dicho Emma Lyonna.

Y cuando la joven gritó: « ¡ Gran Dios, señora, el príncipe ha muerto! » el rey repitió de rodillas aquel grito, manifestando su desprecio por San Gennaro que le abandonaba en semejante apuro, y en voz alta hizo voto á San Francisco de Paula, bienaventurado que contaba mil años menos de antigüedad que el patrón de Nápoles, de construirle una iglesia por el modelo de San Pedro de Roma.

Entonces fué cuando Emma, después de haber depositado el cadáver del joven príncipe sobre las rodillas de su madre, salió de la cámara, corrió hasta el pie de la escalera de popa y llamó al comedor.

Según hemos dicho, Nelsón echó una rápida mirada en torno suyo, vió á la reina tendida sobre un sofá, estrechando entre sus brazos el cadáver de su hijo, y al monarca hincado de rodillas, olvidando todo sentimiento de paternidad ante su propio peligro, sin cuidarse de encomendar al santo, á quien acababa de hacer el referido voto, las personas de su familia que tan caras deberían ser á su corazón. El almirante se apresuró á tranquilizar á sus ilustres pasajeros.

— Señora, dijo á la reina; no está en mi mano reparar la desgracia que acabáis de sufrir, y sólo

Dios puede consolaros; pero, á lo menos, puedo asegurar á Vuestra Majestad que los vivos se hallan fuera de todo peligro.

— ¿ Ofs, querida reina? dijo Emma, sosteniendo entre sus brazos la cabeza de Carolina. ¿ Oís, señor?

— ¡ Ay! no, respondió el rey. Ya sabéis, milady, que yo no entiendo una palabra de vuestra jeringonza.

— Milord dice que el peligro ha pasado.
El rey se levantó.

— ¡ Ah! ¿ milord dice eso?

— Sí, señor.

— ¿ Y no lo dice por tranquilizarnos, por pura complacencia?

— No, señor, lo dice porque así es la verdad.

El monarca sacudió el polvo de sus rodillas.

— ¿ Estamos ya en Palermo? preguntó.

Emma tradujo á Nelsón la pregunta del rey.

— Todavía no, respondió el comodoro; pero como es probable que al rayar el alba tengamos un salto de viento, bien del Norte ó bien del Sur, podremos llegar esta noche. Á no ser por la orden de la reina, no nos habríamos separado de nuestro camino.

— Queréis decir por mis ruegos, milord. Pero

ahora podéis seguir el rumbo que queráis. Sólo á Dios debo dirigir ya mis súplicas por este pobre niño, cuyo cadáver tengo sobre mis rodillas.

— Entonces, dijo Nelsón, espero que el rey me dé sus instrucciones.

— Pues una vez que ya no hay peligro, respondió el monarca, mis instrucciones son que desearía ir á Palermo con preferencia á cualquier otro punto. Pero me parece, continuó, tambaleándose á causa del vaivén, que vuestro endiablado castillo flotante se menea todavía más de lo conveniente y que la tempestad no se halla muy dispuesta á abandonar-nos.

— Lo cierto es, dijo Nelsón, que todavía nos dará algo que hacer; pero, ó mucho me engaño, ó su mayor fuerza ha pasado ya.

— En ese caso, ¿ cuál es la opinión de milord?

— Mi opinión, señor, es que el rey y la reina harían perfectamente en descansar algunas horas, que bien lo necesitan, dejando á mi cuidado cuanto á la seguridad del bajel se refiere.

— ¿ Qué decís á eso, querida maestra? preguntó el rey.

— Digo que la opinión de milord debe seguirse siempre, sobre todo, cuando se trata de cosas marítimas.

— Ya lo oís, milord. Obrad como mejor os parezca, en la confianza de que todo cuanto hagáis lo daremos por bien hecho.

Nelsón se inclinó; y como bajo su ruda corteza de marino abrigaba un corazón religioso y algunas veces poético, antes de abandonar la cámara fué á arrodillarse junto al cadáver del joven príncipe.

— Que V. A. duerma en paz, le dijo, y respetemos los designios de Dios que en su misteriosa bondad se ha dignado enviarle el ángel de la muerte cuando apenas entraba por las puertas de la vida. ¡ Ojalá pudiéramos nosotros comparecer ante su trono con el alma tan pura, cuando se sirva llamarnos para pedirnos cuenta de nuestras acciones! ¡ Amén!

Dicho esto, se levantó y salió de la cámara después de hacer un segundo saludo.

El día empezaba á clarear cuando Nelsón volvió á su puesto de mando, y la tormenta exhalaba sus últimos suspiros, suspiros terribles que semejabán á los del Titán que conmueve la Sicilia á cada movimiento que hace en su sepulcro.

La majestuosa grandeza del espectáculo que entonces se ofreció á la vista del comodoro hubiera sorprendido á otro cualquiera menos familiarizado que él con la sublime armonía de los mares. Á so-

tavento, y como perdidas entre azuladas nieblas, se veían las cumbres de los Apeninos; á babor, se extendía la inmensidad, campo de batalla donde el viento y el mar librabán el último combate; á estribor, aparecían bajo un cielo bastante puro las costas de Sicilia, sobre las cuales se alzaba como un capricho de la creación el colosal Etna, cuya frente se perdía entre las nubes; por la popa, quedaban envueltas en festones de espuma aquellas rocas á flor de agua, despojos de apagados volcanes, de entre cuyas crestas acababa de escapar el navío como por milagro; por último, bajo la quilla del buque, el alborotado mar abría profundos abismos, á cuyo fondo se precipitaba gimiendo el desmantelado *Van-Guard* para aparecer en seguida sobre el hinchado seno de alguna ola monstruosa.

Nelsón echó una mirada á aquella espléndida página de la naturaleza que aparecía ante sus ojos; pero había presenciado con demasiada frecuencia aquel sublime espectáculo para que consiguiese cautivar su atención.

El almirante llamó á Henry.

— ¿ Qué os parece del tiempo? le preguntó.

Era evidente que el hábil capitán de bandera tenía ya formado su juicio respecto á lo que el comodoro le preguntaba. Sin embargo, no queriendo

partir de ligero, dirigió una escrutadora mirada al horizonte, tratando de sondar las misteriosas profundidades del espacio á través de los vapores y de las nubes que le ofuscaban.

— Milord, respondió después de algunos momentos de examen, ó mucho me engaño, ó la tempestad ha concluído, y antes de una hora expirará su último soplo. Pero creo que entonces tendremos un salto de viento, bien del Sur ó bien del Norte. De cualquier punto, será favorable para ir á Palermo.

— Eso precisamente es lo que yo he dicho á Sus Majestades, y por lo cual he creído poder asegurarles que esta noche dormirían en el palacio del rey Roger.

— Entonces, repuso Henry, sólo se trata de cumplir la palabra de milord, y yo me encargo de ello.

— Pero vos no habéis dormido en toda la noche y estáis tan fatigado como yo, Henry.

— Pues bien, con permiso de V. S., he aquí de qué modo repartiremos el trabajo: Milord descansará cinco ó seis horas; durante ese tiempo, venga el viento de donde viniere, pondré la proa á Palermo, pues ya sabe milord que en teniendo agua delante de mí á babor y á estribor no me apuro tan fácilmente. Cuando V. S. se levante estaremos

ya en camino, y entonces le entregaré el mando, el cual podrá conservar por el tiempo que estime oportuno.

Nelsón estaba rendido, y como de costumbre, se hallaba un poco mareado, sin embargo de que navegaba desde su infancia. Por consiguiente, cedió á las instancias de Henry, le entregó el mando y entró en su camarote á fin de reposar algunas horas.

Cuando Nelsón volvió á subir al alcázar de popa eran ya las once de la mañana. El viento había cambiado al sur y era bastante fresco; el *Van-Guard* había doblado el cabo de Orlando y marchaba con una velocidad de ocho nudos por hora.

Nelsón dirigió una mirada al buque. El mayor orden reinaba á bordo, y para reconocer en los aparejos del navío las señales de la tempestad que acababa de sufrir, menester era la ejercitada vista de un marino. El comodoro tendió la mano á Henry con una sonrisa de gratitud, y le mandó que, á su vez, fuese á disfrutar algún reposo.

En el momento en que el capitán bajaba la escalera del alcázar, el almirante le llamó para preguntarle lo que habían hecho del cuerpo del joven príncipe. Henry contestó que el facultativo, M. Beatty y el capellán, M. Scott, le habían trasladado al camarote del teniente Parkensón.

El comodoro se aseguró de si el buque estaba bien orientado, recomendó al timonel que siguiese el mismo rumbo y bajó al entrepuente del navío.

El cadáver del augusto niño se hallaba tendido, en efecto, sobre la cama del joven teniente; el capellán, sentado á su cabecera, rezaba el oficio de los muertos sin acordarse de que, siendo protestante, oraba por un católico.

Nelsón se arrodilló junto á la cama, unió su plegaria á la del sacerdote, y levantando el paño que cubría el cuerpo del príncipe, dirigió al pobre niño una última mirada.

Aunque la rigidez cadavérica había invadido ya sus miembros, la muerte había devuelto á sus facciones la serenidad que momentáneamente le habían hecho perder los dolores de la agonía. Sus largos cabellos rubios, del mismo color que los de su madre, se extendían en rizos naturales á lo largo de sus descoloridas mejillas y de su cuello alabastrino, cuya blancura interrumpían gruesas y azuladas venas; una camisa con gorguera de riquísimo encaje envolvía su pecho. Al verle en aquella actitud, cualquiera hubiera creído que dormía profundamente.

Sólo que en vez de su madre ó de Emma Lyonna, era un sacerdote el que velaba su sueño.

El corazón del comodoro no era muy propenso á la ternura; sin embargo, no pudo menos de pensar en el abandono de aquel pobre niño, en que en la cámara contigua se hallaban su padre, su madre, cuatro hermanas y un hermano, y en que ni siquiera á uno de ellos se le había ocurrido la idea de ir á velarle por un momento! Entonces, una lágrima humedeció su único ojo y fué á caer sobre la rígida mano del príncipe, medio cubierta por una manga de magnífica blonda.

En aquel instante, Nelsón sintió que alguien se apoyaba suavemente sobre su hombro: era Emma.

Según recordará el lector, el niño había muerto en sus brazos; y mientras que su madre dormía ó meditaba con los ojos cerrados sombríos proyectos de venganza, lady Hamilton, no queriendo que las brutales manos de un marinero tocasen aquel delicado cuerpo, iba á cumplir el piadoso deber de amortajarle.

Nelsón la besó la mano respetuosamente. El corazón más grande y más lleno de fuego, si no se halla desnudo de toda poesía, experimenta delante de la muerte un sentimiento de supremo pudor.

Cuando el comodoro subió á cubierta, encontró al rey en el alcazár de popa. Impresionado por el fúnebre espectáculo que acababa de presenciar,

creyó que iba á tener que dirigir algunas palabras de consuelo á aquel afligido padre: Nelsón se engañaba. Fernando estaba mejor, sentía apetito, y había subido á encargar el plato de *macarroni* sin el cual no había para él comida posible.

El navío dobló el cabo Cefallu á eso de las dos de la tarde.

Dos cosas preocupaban á Nelsón, obligándole á dirigir ávidas miradas hacia el mar y hacia la costa: ¿ á qué altura se hallaban Caracciolo y la *Minerva*? ¿ Cómo se gobernaría para entrar en la bahía de Palermo con viento del sur?

Nelsón, habiendo pasado su vida en el Atlántico, apenas conocía el mar de Sicilia por el cual no había navegado sino muy rara vez. Verdad es que á bordo había dos ó tres marineros sicilianos; pero ¿ cabía en lo posible que el comodoro, siendo el primer marino de su época, recurriese á un simple marinero para dirigir en la entrada de Palermo un navío de á setenta y dos?

Si llegaban de día, se harían señales para pedir un práctico; si no, pasarían la noche corriendo bordadas á fin de esperar la mañana siguiente.

Pero entonces era probable que el rey, en su ignorancia de las dificultades que había que vencer, preguntase:

— ¿ Por qué no entramos en Palermo, puesto que nos hallamos á dos pasos?

Pregunta que exigiría esta respuesta:

— Porque no conozco bastante la entrada del puerto para aventurar en ella el navío.

Nelsón no podría decidirse á hacer semejante confesión.

Por otra parte, ¿ existía un práctico en aquel país tan mal organizado, en que la vida del hombre es la más barata de todas las mercancías?

Esto era lo que no tardarían en saber; ya empezaban á descubrir el monte Pellegrino que se eleva al occidente de Palermo, y á eso de las cinco de la tarde, esto es, al anochecer, descubrirían la capital de la Sicilia.

El rey había bajado á la cámara á eso de las dos y comido con excelente apetito su plato de *macarroni*, el cual había sido confeccionado bajo su dirección. Las princesas y el príncipe Leopoldo habían acompañado á su padre, mientras que la reina permanecía en la cama so pretexto de malestar.

Á las tres y media, en el momento de doblar el cabo, el monarca, seguido de su fiel Júpiter, que había soportado bastante bien la travesía, y del príncipe Leopoldo, fué á incorporarse con Nelsón al alcázar de popa.

El almirante parecía sumamente inquieto y examinaba el mar en todos sentidos sin descubrir en ninguna parte la *Minerva*.

Para Nelsón habría sido un gran triunfo entrar en Palermo antes que el príncipe Caracciolo; pero según todas las trazas, el almirante napolitano había llegado antes que él.

El *Van-Guard* dobló el cabo á eso de las cuatro. El viento S. S. E. soplabá con violencia y no era posible entrar en el puerto sino bordeando, lo cual exponía al bajel á tocar en algún banco de arena ó en algún escollo á flor de agua.

Tan pronto como llegaron á la vista del puerto, Nelsón hizo señales para que le enviaran un práctico.

Desde el punto en que á la sazón se hallaba, y con el auxilio de un excelente catalejo, el comodoro podía distinguir todos los buques surtos en la bahía; fácil le fué entonces reconocer la *Minerva* que se balanceaba graciosamente en primera línea, con sus aparejos intactos, como un soldado que espera la llegada de su jefe.

Nelsón se mordió los labios de coraje, al ver que había sucedido lo que tanto temía.

La noche avanzaba rápidamente. El comodoro multiplicaba sus señales; pero viendo que no llegaba

ninguna barca, perdió al fin la paciencia y mandó disparar un cañonazo, después de prevenir á la reina que iban á dispararle con el objeto de pedir un piloto.

Las sombras de la noche envolvían ya por completo el fondo del golfo, y sólo se distinguían entre las tinieblas las numerosas luces de la población que rielaban en las aguas. Nelsón iba á mandar que hiciesen un segundo disparo, cuando Henry, que exploraba el mar con un anteojo nocturno, anunció que una barca se dirigía hacia el navío.

El almirante cogió el anteojo de manos de Henry, y en efecto, vió venir una barca de vela triangular, montada por cuatro marineros y por un hombre, envuelto en el grosero capote de lona de los marinos sicilianos.

— ¡ Ah de la barca ! gritó el marinero de vigía.
¿ Qué queréis ?

— ¡ Práctico ! respondió sencillamente el hombre del capote.

— ¡ Echa un cabo á ese hombre y amarra su barca al buque ! dijo Nelsón.

El navío se presentaba por babor. El práctico amainó la vela, y los cuatro marineros empuñaron los remos y acostaron el *Van-Guard*.

No bien se acercó al navío, el práctico agarró la

cuerda que le echaron desde lo alto, y, á fuer de marino experimentado, subió por ella apoyándose en las asperezas del buque, entró por una de las portas de la batería superior é inmediatamente apareció sobre cubierta, dirigiéndose al puesto de mando, en cuyo punto esperaban Nelsón, el capitán Henry, el rey y el príncipe real.

— Me parece que os habéis hecho esperar un poco más de lo conveniente, le dijo Henry en italiano.

— He venido al oír el primer cañonazo, capitán.

— ¿ Pero no habéis visto las señales?

El práctico no respondió.

— No perdamos tiempo, dijo Nelsón. Henry, preguntadle en italiano si conoce bastante bien la entrada del puerto para conducir sin peligro al fondeadero un navío de alto bordo.

— Hablo vuestro idioma, milord, respondió el piloto en excelente inglés. Soy práctico del puerto y respondo de todo.

— Siendo así, dijo Nelsón, mandad la maniobra como si fuerais el capitán del buque. Pero no olvidéis que vais á conducir un navío á cuyo bordo vienen vuestros soberanos.

— Sé que tengo ese honor, milord.

Y empuñando la bocina que le entregó el capitán

Henry, y con una voz que resonó en todos los ámbitos del navío, mandó la maniobra en tan excelente inglés y en términos tan precisos y técnicos, como si toda su vida hubiera servido en la marina del rey Jorge.

El *Van-Guard*, á la manera del caballo que siente la mano de un hábil jinete y que comprende serán inútiles los esfuerzos que haga por oponerse á su voluntad, se inclinó bajo el mando del piloto, obedeciendo, no sólo sin resistencia, sino con una especie de prontitud que no pasó desapercibida á los ojos del rey.

Fernando se aproximó al práctico, del cual se habían alejado Nelsón y Henry, movidos por el mismo sentimiento de orgullo nacional.

— Amigo mío, le preguntó el monarca, ¿ crees que podré saltar esta noche en tierra?

— Nada impedirá á V. M. hacerlo, si así le place: antes de una hora estaremos en el fondeadero.

— ¿Cuál es la mejor fonda de Palermo?

— Supongo que V. M. no irá á parar á una fonda, teniendo el palacio del rey Roger.

— ¡ Sí, donde nadie me espera, donde no encontraré ni qué cenar, y donde, no teniendo noticias de mi viaje, habrán robado mis mayordomos hasta la última sábana!

— Yo creo que, por el contrario, encontrará V. M. todas las cosas en orden... El almirante Caracciolo llegó á Palermo esta mañana á las ocho, y sé que ha estado dirigiendo los preparativos.

— ¿Y cómo lo sabes?

— Soy el piloto del príncipe, y puedo asegurar á Vuestra Majestad que el almirante estaba en palacio, una hora después de su llegada, dando las órdenes oportunas para el recibimiento.

— Entonces, sólo tendré que ocuparme en buscar una carroza?

— No, señor; previendo el príncipe que V. M. llegaría esta noche, ha mandado preparar tres carruajes, los cuales se hallan estacionados en la Marina desde las cinco.

— Convengamos, dijo el rey, en que el almirante Caracciolo es un hombre atento y prevenido; si alguna vez hago un viaje por tierra, le nombro aposentador general.

— Sería un gran honor para él, no tanto por lo elevado del cargo, como por la confianza que V. M. le manifestaría al conferírsele.

— Y dime, ¿sufrió Caracciolo grandes averías durante la pasada tempestad?

— Ninguna.

— ¡Decididamente obré como un topo en no cumplirle la palabra que le había empeñado! murmuró el monarca rascándose la oreja.

El práctico se estremeció.

— ¿Eh? preguntó el rey.

— Nada, señor, que el almirante sería muy feliz si escuchase las lisonjeras palabras que V. M. acaba de pronunciar.

— ¡Oh! lo que es en cuanto á eso, yo no ando con tapujos: lo digo como lo siento.

Y volviéndose al comodoro inglés:

— ¿Sabéis, milord, que el almirante llegó esta mañana á las ocho sin la más pequeña avería? Menester es que el tal Caracciolo tenga pacto con el diablo, puesto que el *Van-Guard*, no obstante hallarse á vuestras órdenes, esto es, á las del primer marino del mundo, ha perdido sus juanetes y su gran foque.

— ¿Debo traducir á milord lo que V. M. acaba de decir? preguntó Henry,

— ¿Por qué no?

— ¿Literalmente?

— Literalmente, si así os place.

Henry tradujo á Nelsón las palabras del rey.

— Señor, respondió el comodoro secamente: V. M. era dueño de elegir entre el *Van-Guard* y la

Minerva; eligió el navío, y el *Van-Guard* ha hecho cuanto pueden hacer la madera, el hierro y la lona.

— No digo que no, repuso el rey, complaciéndose en mortificar á Nelsón para vengarse de la presión que Inglaterra ejercía sobre él por medio del comodoro, así como también del incendio de su escuadra, destruída por orden del almirante. No digo que no; pero lo cierto es, que si hubiese venido en la *Minerva* habría llegado á Palermo esta mañana y pasado en tierra un magnífico día. Sin embargo, no por eso dejo de estaros reconocido, pues ya sé que habéis hecho cuanto os ha sido posible.

Y añadió con su fingido aire bonachón:

— Nadie está obligado á hacer más de lo que puede.

Nelsón se mordió los labios, golpeó el pavimento con el tacón de la bota y entró en su camarote, dejando á Henry sobre el alcázar.

En aquel instante se oyó la voz del práctico que gritaba:

— ¡ Todo el mundo á su puesto, que vamos á fondear!

El anclaje, lo mismo que los preparativos de zarpa, es uno de los momentos solemnes de un gran buque de guerra. Así es que cuando se oyó la

orden de « ¡ cada uno á su puesto! » el más profundo silencio se restableció á bordo.

Aquel silencio que observaban los mismos pasajeros tenía algo de imponente: ochocientos hombres esperaban una palabra.

La bocina del oficial de maniobra y el pito del contramaestre repitieron la voz de mando.

Inmediatamente los marineros colocados en las cuerdas empezaron á halar á un mismo tiempo. Las vergas giraron como por encanto, el *Van-Guard* pasó estremeciéndose por entre los buques surtos en bahía, sin tropezar con ninguno de ellos á pesar del reducido espacio en que maniobraba, y llegó al sitio destinado para fondeadero.

La mayor parte de las velas habían sido amainadas durante la maniobra, y sus festones colgaban á lo largo de los palos. Las que todavía se hallaban abiertas no servían sino para amortiguar la demasiada rapidez del buque. El práctico había puesto al timón al marinero siciliano que habló al comodoro de las corrientes y contra-corrientes del estrecho.

— ¡ Fondo! gritó el piloto.

Esta voz de mando fué repetida por la bocina del oficial de maniobra y por el pito del contramaestre.

El ancla se desprendió entonces de los costados

del navío y cayó al mar con espantoso ruido, arrastrando en pos de sí la maciza cadena, cuyos enormes anillos chispeaban al rozar rápidamente con el ferrado agujero de la borda.

La sacudida hizo estremecer al *Van-Guard* hasta lo más profundo de su bodega, lanzó un crujido en toda su longitud, y bien pronto la tirantez de la cadena dejó conocer que el ancla había mordido el fondo.

La misión del práctico estaba cumplida; no teniendo ya nada que hacer á bordo, saludó al capitán de bandera y se dispuso á marchar.

Henry le presentó veinte guineas que Nelsón había mandado entregarle.

Pero el práctico movió la cabeza sonriendo, y rechazando la mano del capitán:

— Gracias, le dijo, mi gobierno me paga lo bastante, y aunque así no fuera, no recibo dinero sino con la efigie del rey Fernando ó del rey Carlos.

Cuando el piloto pasó inclinándose por delante del monarca, éste, que no le había perdido ni un instante de vista, le cogió la mano, preguntándole:

— Dime, amigo mío, ¿quieres prestarme un pequeño servicio?

— Vuestra Majestad puede ordenarme cuanto

guste en la inteligencia de que sus órdenes serán cumplidas si caben en lo posible.

— ¿Puedes llevarme á tierra?

— Nada más fácil, señor... Pero temo que mi pobre barca, buena para un piloto, no sea digna de un rey.

— No se trata de eso: te pregunto si puedes llevarme á tierra.

— Sí, señor.

— Pues entonces, llévame.

El práctico se inclinó, y volviendo á donde estaba Henry:

— Capitán, le dijo, el rey quiere ir á tierra; tened la bondad de decir que bajen la escala de honor.

Henry se quedó estupefacto al escuchar estas palabras.

— ¿Y bien? preguntó el rey.

— Señor, preciso es que transmita á lord Nelsón el deseo de V. M., respondió Henry. Nadie puede salir del navío de S. M. Británica sin permiso del almirante.

— ¿Ni yo tampoco?... ¿De modo que estoy prisionero en el *Van-Guard*?

— El rey no está prisionero en ninguna parte; pero cuanto más ilustre es el pasajero que viene á

bordo, tanto más en desgracia se creería el comandante si abandonara el navío sin despedirse.

Y, saludando al rey, Henry se dirigió al camarote del comodoro.

— ¡ Malditos ingleses ! murmuró Fernando entre dientes, ¡ casi estoy por hacerme jacobino, siquiera por no tener que recibir órdenes de vosotros !

El deseo del rey produjo en el almirante el mismo efecto que en su capitán de bandera, por cuyo motivo subió precipitadamente al alcázar de popa.

— Señor, preguntó dirigiéndose al monarca, sin acordarse de que la etiqueta no permite interrogar á los soberanos, ¿ es cierto que V. M. quiere abandonar al navío inmediatamente ?

— Nada más cierto, querido lord. Y no porque deje de encontrarme bien á bordo del *Van-Guard*; sino porque se me figura que he de estar mucho mejor en tierra. Confieso que no he nacido para marino.

— ¿ La resolución de V. M. es irrevocable ?

— Os lo aseguro, querido almirante.

— ¡ Lanza á la mar el gran bote ! gritó Nelsón.

— Es inútil, dijo el rey. ¿ Á qué ha de molestar Vuestra Señoría á esas pobres gentes que están muertas de cansancio ?

— ¡ Pero yo no puedo creer lo que me ha dicho el capitán Henry !

— ¿ Y qué os ha dicho el capitán, milord ?

— Que el rey quería ir á tierra en la barca de ese marino.

— Pues no os ha dicho sino la pura verdad. Me parece que es un hábil piloto y un súbdito fiel, y creo poder confiarme sin peligro á su lealtad y á su experiencia.

— Pero, señor, yo no puedo permitir que nadie más que yo conduzca á V. M. á tierra, ni que vaya en otro bote que no sea la chalupa de S. M. Británica.

— Entonces, dijo el monarca, repito lo que antes dije al capitán Henry, esto es, que estoy prisionero.

— ¡ Líbreme Dios de que V. M. abrigue semejante creencia ! antes de dejarle en ella ni por un minuto, me inclinaré sumiso ante su deseo.

— ¡ En hora buena, milord ! es el único medio de que nos separemos como buenos amigos.

— Pero ¿ y la reina ? insistió Nelsón.

— ¡ Oh ! la reina está cansada y un poco indispuesta, y ni ella ni las jóvenes princesas podrán abandonar el *Van-Guard* esta noche, á menos de no molestarlas excesivamente. Mañana desembarcarán. Mientras tanto, milord, os la recomiendo, de igual modo que el resto de la corte.

— ¿ Marcho yo con vos, padre mío ? preguntó el príncipe Leopoldo.

— ¡No, no, quédate! respondió Fernando; ¿qué diría la reina si me llevara á su favorito?

Nelsón se inclinó.

— ¡Baja la escala de estribor! dijo.

La orden fué obedecida inmediatamente: el práctico se descolgó por una cuerda, saltó en la barca en dos segundos y la atracó á la escala.

— Milord Nelsón, dijo el rey, en el momento de abandonar vuestro navío, creo de mi deber aseguraros que no olvidaré nunca las atenciones de que hemos sido objeto á bordo del *Van-Guard*: mañana recibirán vuestros marineros una prueba de mi satisfacción.

El comodoro se inclinó por segunda vez, pero sin responder ni una palabra. Fernando bajó la escalera y tomó asiento en la barca, lanzando un suspiro de alegría que escuchó el almirante desde el primer peldaño.

— ¡Larga! dijo el práctico al marino que tenía el bichero

La barca se desprendió de los flancos del coloso.

— ¡Bogad con brío, muchachos! añadió el piloto.

Las cuatro palas de los remos cayeron á compás en el agua, y, obedeciendo al vigoroso empuje, el bote avanzó hacia la Marina, en cuyo punto esperaban las carrozas del rey, frente á la calle de Toledo.

El práctico saltó el primero á tierra y sujetó el bote á la rambla.

Pero antes que hubiese tenido tiempo de alargar la mano, el monarca pegó un brinco y saltó al muelle.

— ¡Ah! exclamó alegremente, ¡gracias á Dios que nos hallamos en tierra firme! Ahora, ¡que el diablo se lleve al rey Jorge, al almirantazgo, á lord Nelsón, al maldito *Van-Guard* y á toda la escuadra de S. M. Británica! Toma, amigo mío, para que refresques á mi salud.

Y alargó un bolsillo al práctico.

— Gracias, señor, respondió el piloto dando un paso atrás. Vuestra Majestad oyó hace poco lo que dije al capitán Henry. Estoy pagado por mi gobierno.

— Sí, y añadiste que no recibías dinero sino de la efigie del rey Fernando ó del rey Carlos: conque así, tómalo.

— Señor, ¿está V. M. bien seguro de que ese no tiene la efigie del rey Jorge?

— ¡Bribonazo! ¿te permites dar una lección á tu rey? De todos modos, sánete que, si he recibido dinero de Inglaterra, le pago bien caro los intereses. Guarda este bolsillo para tus hombres, y toma este reloj para ti. Y si algún día vuelvo á ser rey y se te

ocurre pedirme alguna gracia, no tienes más que hacer sino enseñármele, y desde ahora te la concedo, cualquiera que ella sea.

— Pues entonces, señor, dijo el piloto guardando el reloj y arrojando el bolsillo á los marineros, mañana iré á palacio y confío en que V. M. no me negará la gracia que tendré el honor de pedirle.

— Ve en la inteligencia de que no perderás el tiempo.

Y entrando en una de las tres carrozas :

— ¡ Al palacio real ! gritó.

El carruaje partió al galope.

CAPÍTULO IV

Cuál era la gracia que tenía que pedir el práctico

El gobernador del palacio, prevenido por Caracciolo de la llegada del rey, la había anunciado oficialmente á las autoridades de Palermo.

El síndico, la municipalidad, la magistratura y el alto clero esperaban al monarca desde las tres de la tarde en el patio del palacio. Fernando, que ante todo necesitaba comer y dormir, se estremeció de pies á cabeza, á la idea de los tres discursos que, por lo menos, iban á encajarle.

Á fin de evitarlos, tomó el primero la palabra :

— Señores, les dijo, cualquiera que sea vuestro talento oratorio, dudo mucho que consigáis decirme algo que pueda serme lisonjero. Quise hacer la guerra á los franceses, y me han batido; quise defender á Nápoles, y me he visto obligado á abandonarle; decidí embarcarme, y la tempestad me ha